El Préstamo

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

El Préstamo o El Abrazo del Prestamista (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

El dos de diciembre de 2018 hice el cuantioso acuerdo con la sabandija; fue una trama en la que el "benévolo" Atlas Morcilan estableció los tiempos con sus pacientes y justicieras nociones, que no paraba de destrabar de la lengua cuando el desarrollo de su trágico universo aún era incipiente.

Esto ocurrió en su oficina ubicada en un sito levado de la ciudad, donde con sus empleados corría detrás de sus obsesiones que rozaban a lo neurótico. Él abastecía a los que tenían sueños a cambio de la sombra de un problema, nada que implementase una consternación; sólo había que comprometerse por un periodo parcial a un lento desembolso en el que él ganaría un leve interés. En última instancia, eso desembocaba en la expresión más poética de la solidaridad.

Sonriente, prudente, y hasta pedagogo, fue infatigable en darme los fundamentos de su concepción humanista. Me dijo que mi vida se concatenó a la suerte genial, ya que fui merecedor de una cuota de su confianza. Sus esperanzas daban solidez a ese momento; su toque era el del rey Midas, y en mí, se abarrotaría el éxito como si abriera al último capítulo de un cuento de hadas.

Grandes posibilidades se habían generado a partir de ese acto en que recibí un buen dinero; entonces no me comandó la perplejidad porque fui convencido por el idealismo de Atlas Morcilan. Con sólo repasar los hitos de su vida, me sentiría inspirado.

Ese hombre se movía como un maestro en el colmo de su oratoria, y yo un estúpido alumno que, en mi cuaderno, aceleraba la impresión de sus dichos con el fin de tener las mejores perspectivas de su pensamiento. Era una conjunta búsqueda del éxito, con el propósito de que no se dieran discrepancias, sino una abundancia de armonías. No había lugar para el pesimismo si uno remaba con energía sobre las cíclicas aguas del tiempo y lo tomaba a él como el faro que echaba luz al camino que estaba debajo

del horizonte.

Me había tomado examen, y pronunció la piedra angular de su doctrina: la obligación de esterilizar la deuda a través de puntuales pagos durante la sucesión de cuotas mensuales. Acepté a esa formalidad sin condiciones, poniendo el acento en aspectos pragmáticos, pero también manifesté que entre los dos había afinidad espiritual más allá de la cualidad competitiva que por lo común se le atribuye al dinero.

Él no querría castigarme, ni inducir un enfrentamiento, pero con aciaga calma me habló de que no tendría problemas en abrir los grifos de hielo y fuego… esa sería debido a la vileza incontrolable de que se vayan decantando las fechas sin que se clarificasen los montos. Tenía por seguro que en el segundo cuatrimestre del 2019 yo adquiriría una definida identidad comercial, y por obra de efectos universales, le devolvería lo que me prestó en la forma prevista y previsible.

-” La misión trascendental del deudor es pagar, y no convertirse en un barato antagonista de quien había puesto su fe en él. Porque el destino puede dejar ser un buey que tira adelante al arado, y comportarse como un toro enloquecido”, expresó como una alegoría que no pretendió ser una definición y mucho menos una amenaza.

Le agradecí su preocupación con una voz que al principio tomó un matiz grave, pero fue perdiendo lentamente su intensidad. Con su abrumado estilo formó una imagen que no fue primorosa: la equiparación de lo infame que aún no se anoticiaba, con una desgracia que ocurriría. Me aseguró que no le agradaba hacer minuciosos censos de ese desquicio, ya que el sólo pensarlos le ponía la piel de gallina y le llenaba la cabeza con ideas diabólicas. Con una cabizbaja exaltación miró al reloj como si quisiera desentenderse de esos cálculos, y del sol negro de su melancolía que tapaba al verdadero que salía por la ventana.

Frente a mí que me considero un sabio, un conocedor, o al menos un intelectual, me habló del error en que caería sin darme cuenta. Por supuesto que eso sólo era una cordial admonición, por ahora nadie me escupiría en la cara, ni me daría un pequeño susto mortal. Tenía que reconocer que la ciudad era “un laberinto en cuyos muros se veían perniciosas sombras viajeras”.

Tras notar a través de mis sorprendidos gestos que su perorata me resultaba perjudicial ya que estaba hiriendo a mis sentimientos nobles, me aseguró que no se violentará frente a mí puesto que su presunción era que no le fallaría. Sólo se vio obligado a impartirme algunos terribles augurios con una tenue indignación que no dejaba de ser cariñosa, ya que deseaba provocar en mí a buenas reflexiones sin caer en dramatismos. Lo crucial era saber que el tiempo marchaba hacia una dirección única que no

permitía a nadie ocultarse en escenografías bizarras.

El obeso hombre frenó a la impiadosa concisión de sus oraciones, para sacarse un pañuelo y sonarse la nariz. Esta, que tenía una fina punta después de una redondeada inclinación, produjo una vibración muy amplia que se terminó convirtiendo en un escupitajo. Continuó, diciendo:

- "No estoy al servicio del lucro escandaloso, y sólo pretendo que se observe lo que se concertó. No tengo propensiones punitivas, pero te recomiendo, como lo hace un padre, que hagas lo bueno.

En ese momento, yo no tenía interés en pensar en esas situaciones conjeturales. En ese día, en el que aún me quedaba algo de tiempo para leer, guardaría la plata en el bolsillo, y rastrearía a un estimable escritor de mi preferencia en la biblioteca. Pensaba en eso mientras que él hizo una abierta reivindicación de su carácter de financista, y volvió a sacar su pañuelo como si fuera un delicado utensilio, y con la punta que no había adquirido suciedad, se secó los bordes húmedos de sus labios.

II

Con Beatriz armábamos una vida en común a partir de las románticas caídas de las tardes mientras que las larguezas ístmicas de las nubes ocultaban al sol en alguno de los rincones del cielo. Soñábamos que se realizarían de una buena vez las prosperidades de las que éramos devotos.

La volví a ver en mi regreso de las costas adriáticas, por el mes de abril del 2019, y desde entonces nos retraíamos con permanente asiduidad para vernos y oírnos. Así fuimos conformando a una fogosa relación en la que no permitíamos que las tristezas nos invadieran. Y no nos escondíamos del mundo, por el contario, salíamos a descubrir sus detalles con estridentes ánimos.

Nos preguntábamos en donde estaba el mito, y desde que kilómetro de la ruta se cruzaba con el orden, y entendimos que a ambos los colocaríamos donde nos antojase, como los únicos protagonistas que éramos de nuestra historia. No nos impelíamos en polémicas, sino que nos repartíamos lecturas que eran parte de nuestras literarias personalidades. Apasionados, pero también reflexivos, respirábamos dichosos aires. Nos alimentábamos con dulces fantasías, y desnudos, veíamos películas tirados en la cama sin prever que ocurriría algo dañino.

Vivir era desenmascarar la soberbia con que al final se imponía la muerte, por lo que con tranquilidad le hacíamos frente y esta nunca nos acosó con sus brutales pesadillas. La única eternidad era el presente, y a lo otro, lo esotérico, lo doblábamos como si fuera una frazada que guardábamos en el placar. Nuestras esperanzas nos pesaban en forma intolerable por lo

enorme que eran.

Sin embargo (en algún momento de finales mayo o principios de junio) descubrí, rebasando a mi honestidad, que Beatriz no comprendía bien mis postulados, o no daba señales de hacerlo, y me doblegué para explicarle cuales fueron mis motivaciones. Le lancé sensatos comentarios recurriendo a una multitud de ejemplos, y me delaté como quien soy: un erudito por antonomasia que gradúa una discreta ascendencia sobre la población a través del pensamiento.

Le señalé que mis relatos se harían canónicos, y que la falta de recursos no nos suscitaría problemas ya que la fama se aproximaba a pasos agigantados, y nos trasformaría en una pareja acaudalada. Le enfatice que no era ningún jugador bisoño, y que a mis civilizados apetitos nunca los había podido aplazar. A mis actos los justifiqué en la adquisición de un mayor volumen de cultura… tuve que aprovechar la brevedad del tiempo que me tocaba.

Mis sueños eran claros como las aguas que se beben, y nunca tuvieron la oscura densidad de aquellas que los chaparrones varaban en la tierra en la forma de charcos. Lo bueno era concebible, si hacíamos leales repeticiones en nuestras mentes de que en algún momento se plasmará en la realidad.

- “Mis ensayos se harán centrales en los concilios de moda, muchísimo antes que la noticia de mi fallecimiento apareciera en las portadas de los diarios”, declaré teniendo como sostén a una edificante arrogancia.

Mis visiones no eran de ninguna manera delirios, sino fecundas gestaciones: había escrito a un buen número de libros que se superponían con los de los grandes maestros, pero, además, buscaban reforzar mi afinidad con los lectores.

Frente a Beatriz hice una imperativa modulación en mi voz para desbaratar los contrastes que surgían de sus cavilaciones, y así alejarla de los potenciales desencantos que desorganizaban a nuestros ensueños. No habría problemas, ni discusiones, y por suerte Morcilan no me molestaba. Es más, en ocasiones lo buscaba en la sección de avisos fúnebres de los diarios, puesto que, por su poco saludable apetito y perfil rechoncho, no tardaría en producirse su deceso. Pero pensar en ese prestamista resultaba desagradable.

Por supuesto que el amor que nos prodigábamos era grande como una casa, aunque tuvimos que superar algunas fases en las que se rompieron sus caños y tuvimos que hacerle algunos arreglos. Juntos nos olvidamos de Atlas Morcilan a quien de tanto en tanto lo mencionábamos sólo por la

superstición de que su nombre no nos pillara desprevenidos.

Para no ser tildado de negligente, haré algunas ampliaciones: Atlas Morcilan era un hinchado personaje que tenía una vasta fortuna, mientras que yo vivía en un mundo que para él era irreconocible. Ese hombre, representante de la degeneración moral, desconocía la fatiga de escribir libros, y sólo le importaba obtener ganancias fáciles. Tal vez, había sido mi obligación corregir su engolosinamiento con lo material sin amilanarme por su patetismo, ni por sus histéricas apelaciones que apenas eran de corte retórico. Sí, con hidalguía le daría una lección sin demostrarle una antipatía especial.

Lo maravilloso que yo tenía para ofrecer al mundo, eran ficticias narraciones que pregonaba por los medios de comunicación. Las palabras me suscitaban multitudes de ideas que (de acuerdo a estrategias postuladas de antemano) que unificaba en cuentos. Tenía el talento de condicionar al mundo e acuerdo a mis proporcionados puntos de vista. Por supuesto que convalidaba a esos esfuerzos con los éxitos tremendos que no demorarían en llegar.

Pero mi trayecto también fue un avanzar en círculos; la gente no rastrillaba mis relatos, y por alguna imprecisable razón mostraba fobia a mis teorías. Algunos sugerían que las sapientes narraciones que dejaba caer del árbol de mi creatividad, más bien eran largos e inútiles vericuetos. Y en algún momento temí dejar de ser un escritor referencial para pasar a ser uno al que lo amenazaba el hambre, y que ya no utilizaría a los vocablos con la denodada intención de impresionar, sino para pedir las monedas que les sobraran a los sujetos que pasaban campantes por las avenidas.

Así y todo, a mi ego nunca le importó la captación de una gran audiencia, sino el establecer las condiciones trascendentes del vivir. Disfrutaba mucho de las clandestinas bohemias y las utopías invencibles. Un mundo lleno de vacuas apariencias no fue modelado para mí, por lo que pronto dejé de confrontar con las distraídas gentes que no entendían que cosa eran las artes, o como se diferenciaba la buena literatura de las copias baratas.

Aun teniendo algunas sospechas, Atlas Morcilan me había dado su auspicio con vociferantes palabras, que en aquel momento no fueron más que referencias indirectas a lo que no tenía por qué suceder, junto a condecoraciones verbales que mezclaron a un futuro rosa con la perversión que tienen los prestamistas. Por entonces infería que lo que venía sería perfecto, y nunca se prenderían las intermitentes lucecitas rojas de emergencias. También, con articulada elocuencia expresaba en varios de mis textos, a las terquedades de los financistas, con la idea de cristalizar un tácito acuerdo con mis lectores, quienes, empáticamente,

siempre encontraron al quid de mis razonamientos.

- “La riqueza es tan frágil como una mariposa que al final del día se cansa de dar latigazos al aire con sus alas”, escribí preso de los superiores valores de los intelectuales.

Por cierto, que Morcilan se lavó las manos, y esperó que varios meses fueran adornados con variados diseños del cielo, con la proverbial hipocresía de que se incrementen los intereses para recién después caerme encima con sus reclamos.

No hace mucho tiempo, durante un horripilante día de agosto en el que fundamentalmente me sentí agraviado, y me había puesto un abrigo al salir a hacer no sé qué compra, se conectaron los insensibles latigazos de su voz con aquel dinero que me había facilitado, en lo que había sido una operación financiera algo turbia. Y debido a mi flojera en responder, me avisó que puso en práctica mecanismos matemáticos que hacían crecer a la deleznable contingencia de que no estaba cumpliendo con mi parte del trato. Al oírlo, me hundí en el sillón que estaba al lado del teléfono de línea, y se me entronizó en la conciencia que ese tipo no me había olvidado, y que infería la continuidad de un maldito documento que no se había traspapelado dentro de alguna milagrosa desorganización.

Me vi obligado a desestimar aquello como una manifestación de sus contrariedades, un aislado lamento con el cual ya no podría sacar utilidad.

En ese mismo día y después de salir a la calle, me abalancé sobre los mostradores de una librería cuyas vendedoras se morían de aburrimiento, y compré un libro que narraba las severas rencillas que ocurrieron en la China imperial. Estas estaban rellenas con las premeditadas maldades de hombres que ponían en tela de juicio a los lugares que otros ocuparían en las leyendas.

Un apabullante secreto se encontraba en una de las páginas del libro y se compiló en una colosal imagen. ¿Cómo ignorar cinco siglos de guerras feudales que asolaron la dinastía Zhou, “cuando la morosidad de tales contiendas convirtió a la tierra en un escenario en donde danzaban fuegos siniestros”? ¿Cómo no volverse misericordioso frente al transcurrir de tantas violentas muertes que fueron trazadas en todas las épocas y geografías?

Hojeé ese libro con exasperada emoción, hasta que llegué al criptograma que tenía una forma parecida a un triángulo con la punta hacia abajo. Estaba en la página 1071 y pretendía separar un capítulo mitológico de otro que se adheriría a realistas probabilidades. Ese fue un canto de sirenas para mí, un inveterado amante de la historia y la filosofía: ¡había conocido fácticamente al Jixiang cuya inmovilidad había desalentado a

muchos! ¡El universo no se había escindido, sino que mantuvo su unidad primordial a través de la liberación de un criptograma! En pocos minutos, declaré feliz a una hermosa vendedora rubia, haber aprendido algo de lo que hasta entonces no tenía noticias.

III

Beatriz me dio de comer y se quedó charlando conmigo. Ese septiembre progresaba con lluvias, y no le recelábamos porque sabíamos cómo renovar nuestros afanes. Charlábamos de autores foráneos que eran puro galimatías, del idioma caótico que subyacía al que usábamos ritualmente, y que en distantes y soterrados recodos de la ciudad había montones de libros de ediciones económicas, (también, que en algunos de nuestros devenires cotidianos en las que no habíamos puesto excesiva prolijidad).

Fue entonces que me di cuenta que sus tranquilos gestos se contradecían con mi rigidez.

Beatriz no sufría con las fijaciones cronológicas que me comenzaban a atormentar. Ciertas tumultuosas voces me oponían sus disconformidades o modelos de irritación que nada tenía que ver con una buena coexistencia. Esto ocurría en el mismo lugar en el que nos habíamos juramentado ser felices.

Creó que el 19 de septiembre del 2019 se estableció un hito insensible, que me hizo sentir que los flujos de mi río ya no eran navegables. Alguien me conminó a concurrir a una cita anunciada con muy pocos días de anticipación; no me adjuntó los temas a tratar, y se expresó con una injuriosa cortedad de palabras.

Estaba sentado al lado de la mesa con mantel y cubiertos de metal gris, y enfrente veía las cortinas impresas de la ventana con gruesos pinos que reproducían una escena de un bosque fantasioso. Debido a ese estratégico rectángulo, el sol intercambiaba su luz con las sombras que me rodeaban en el interior. No recibí una condena de parte del hombre al que tradicionalmente consideraba como un bufón, pero si al despliegue de su poder, o a la sugerencia de algo paradójico. Por supuesto que me desentendí galantemente de ese virtual compromiso (ni siquiera consideré que tuviera ese carácter).

Beatriz remontó a mis mejores pronósticos, y ponderando a mis esfuerzos, fomentó festejadas anécdotas que hicieron decrecer mi malestar. Había que superar esa coyuntural situación causada por una mera firma, una ingenua anotación en un papel que no tenía ninguna significación. Yo estaba molesto, encorvado, pero sostendría con pompas a mi dignidad. ¿Por cuánto tiempo Morcilan seguiría con sus atropellos… esas borrosas cacerías verbales a la que me sometía? Ese hombre ponía

en riesgo la serenidad que se requiere en la composición de poesías… ¡así no podía entregarme en forma reposada a las letras, y perdía a las justificaciones de lo armonioso!

Le dije a Beatriz que nos mantendríamos unidos, tanto en los tiempos de astrológicas felicidades como en los de crisis, y que, si bien la vida era una mezcla de rarezas y misterios, no nos desesperaríamos ante cualquier ignominia económica que nos saliera al cruce; nuestro amor nos permitiría intimar jovialmente con cualquier amenaza y hasta reírnos de ésta. Ese Atlas Morcilan cumplía con el rol de un mortificador payaso; era un pésimo chiste más que una condena. La última carta que me había mandado, bien pudo ser un cuento fantástico, o la fabricación hecha por un demente que se disfrazó de cartero con el objetivo de perturbarme.

Pero en uno de los días finales de septiembre, le dije a Beatriz que, Atlas Morcilan me degollaría debido a que no podía cancelar el préstamo. Yo, que siempre había sido extrovertido y audaz, ahora encontraba que en los pasillos de la ciudad cualquiera podría esconderse para pegarme un tiro, y después inventar con desembarazada actitud que no me conocía ni sabía quién era.

-"Es una desgracia, uno es penosamente lo que el otro dice; si un Juez dice que soy un delincuente, yo lo sería, y si Morcilan dice que soy...", me interrumpí al darme cuenta que le estaba revelando a Beatriz los retorcimientos en que se hundía mi imaginación.

Atlas Morcilan no se había quedado anonadado por mi incumplimiento, sino que trabajaba su furia dentro de intempestivas llamadas del teléfono, en las que se plantaba frente al receptáculo haciendo bochornosos sonidos… ¡me hacía ese teatro a pesar que le había dado el tiempo necesario para que lleve a cabo un pudoroso duelo por la falta de disciplina que tiene el capital!

En otras ocasiones, me mandaba e-mails enunciándome sus intenciones que invariablemente no terminarían de manera cordial. Y en el último sostuvo que sería congruente que nos viéramos las caras, y que yo le ofreciera disculpas. En dos o tres desacoplados parágrafos expuso enconos, enfrentamientos, pero también la posibilidad de acceder a una elemental concordia. Obviamente que me negué a sostener cualquier encuentro… su insistencia estaba fuera de lugar, y una reunión subrayaría al hecho de que no tenía plata.

A partir de ahí, Atlas Morcilan apeló a enmascaramientos, a dobleces, a laberintos que colmó con símbolos desatinados.

Todo empresario tiene el propósito de sacar algo de la nada, completar compulsivas cifras fundando una empresa que produciría efectos dentro de las innumerables posibilidades que se insinúan dentro del campo

comercial Yo, en cambio, había paseado con imparable magnificencia por ciudades europeas de altas cúpulas y pórticos dorados, porque me asigné una relajada etapa de maduración.

Atravesé Florencia y la Toscana, subí por altos montes, y me mezclé con las afloradas muchedumbres de locales y turistas. Utilicé el dinero del préstamo para no escindirme de mí mismo, percibir a los pequeños y grandes escollos de la vida alojado en una cómoda terraza, y cuestionarme acerca de los sufrimientos teniendo una sublime vista al mar desde un hotel cinco estrellas.

Ya el 29 de marzo de aquel año había gastado completamente el dinero que me prestó Atlas, a la par que mis supuestas arrogaciones comerciales perdieron por completo a su definición. Había decidido vivir el hoy sin encandilarme por la ranciedad de lo póstumo, después de todo, el hombre siempre fue un paciente terminal que debe aprovechar al máximo los minutos en que sigue en pie. ¿Haré una nota aclaratoria? ¿Debo prender una lámpara para iluminar mejor a este concepto tan claro? Aquel cuya vida es consagrada al futuro, es un prisionero de lo que éste al fin de cuentas siempre conllevó: la muerte. Es aquel que ansía que su celda quede bien ordenada a pesar que al otro día sería llevada a cabo su sentencia de muerte.

Cuando aparecieron mensajes más groseros, no me paralicé, ni asumí que Morcilan me mandaría matones que se harían pasar por sujetos comunes y corrientes. Aquello no era gracioso, pero frente a Beatriz aún recreaba polémicos desdenes al parodiar a la fláccida figura del financista. Hacía esos ensayos actorales, no para hacer una informal denuncia, sino con la finalidad de situar a ese personaje a una resuelta distancia de mis temores. Mis agotadas risas diluían su personalidad en la de un payaso; bastardeaba a su forma de hablar, y lo configuraba como amo y señor de un vasto disparate. Lo imitaba inflando mis mejillas y frotando las manos con avidez.

Pero nada me quedaba del fervor de cuándo recibí el dinero, y ya no me entusiasmaba tener una vida cómoda; sólo me interesaba estar con Beatriz, ¡y alejarme de los hipócritas, de los plagiarios, y de los que con torpeza me imputaban violar a técnicas literarias esenciales!

IV

El cuatro de noviembre del 2019, en un shopping dentro del cual la gente erraba círculos, y en el que no me hallaba para dar lugar a mis caprichos o gustos, Atlas Morcilan se abrió camino con soltura (pese a lo dificultoso de su andar) para torcer mi reticente brazo y estrechar su cuerpo contra el mío. Me dijo que su presencia en ese sitio era la prueba fehaciente que yo estaba huérfano de amor. Frente a la pasiva multitud, se hizo pasar por un hombre eufórico con el que tendría una inequívoco pasado de

familiaridad.

A su alrededor se encrespaban las gruesas sombras de sus secuaces que me echaban vistazos curiosos y llenos de animosidad; no los conté, pero eran corpulentos y formaban una especie de pared flexible que se corría de un lado a otro.

Golpeando con su palma abierta a mi omóplato derecho, Atlas declaró:

-” Sonríe porque te estoy abrazando, pero también les estoy señalado a mis guardaespaldas en donde quiero que te disparen”.

Fingiendo estarle agradecido, le juré que honraría lo adeudado sorteando a cualquier bohemia o trivialidad.

Desesperado y evitando que mi envilecimiento se hiciera mayor, voy juntando plata. Ya Beatriz me arrimó algo, y pude saldar un diez por ciento del brete. Antes de que anochezca voy a golpear la puerta de mi abuela Gilda, mi abuelita querida que de niño me contaba cuentos para que me durmiese. Espero, gracias a su generosidad, hacer una importante reducción de la deuda.

Fin